

(02050)

## Un regalo de navidad

Las vacaciones escolares de navidad en la Comunidad de Madrid no dieron comienzo hasta el mismo día 24. A don Faustino nunca le habían gustado estas fechas. Además odiaba los parones laborales que rompían el ritmo de la clase. Y desde que su mujer le había dejado para hacer el viaje que todos acabaremos haciendo algún día, tenía atragantadas las dichosas fiestas navideñas.

En la tarde de nochebuena, día en que a don Faustino le gustaría desaparecer de la faz de la Tierra, el profesor languidecía en su rincón del bar de Manolo. Por las tardes siempre había allí poca gente y se podía estar tranquilo, sin ser molestado y sin preocuparse de dejar la mesa libre si se lleva tiempo acomodado sin consumir, habiendo clientes alrededor solicitando una silla.

Don Faustino leía distraídamente una de las revistas especializadas que Manolo compraba más por gusto propio que para la clientela —revistas que eran escondidas por las mañanas, cuando el bar se convertía en un hervidero de clientes demandando café, cerveza y pinchos, pues el Bar Manolo estaba ubicado en el mejor enclave matinal para este tipo de negocios— cuando entró Sebas saludando en voz alta a todos los tertulianos que allí se encontraban, que a decir verdad no eran más que don Faustino y otros dos parroquianos.

No era extraño ver por allí a Matute, que sin ser cliente habitual se dejaba caer semanalmente por el bar una o dos veces.

—Qué, Sebas, ¿haciendo las últimas compras navideñas...? —saludó Manolo.

—Aquí, las traigo, sí. Y como he pensado que mis dos carcamales favoritos estarían hoy más solos que la una, me he dicho que mejor os daba el regalito hoy que mañana.

Don Faustino, indolente, levantó la mirada de la revista, pero Manolo fue menos diplomático:

—¿Y a qué se debe semejante detallazo por tu parte, Sebas? —la ironía iba implícita en la tonalidad de la voz.

—¡Anda, leche!, a ver si no voy a poder regalaros nada... Además, son dos fruslerías que lo más seguro es que ni os gusten —y diciendo esto sacó un par de corbatas del Rayo de Mospintoles que ni siquiera había envuelto en papel de regalo.

—¡Toma, mira éste! Que le han regalado a María una docena de corbatas y no sabías cómo deshacerte de ellas querrás decir, ¿eh?

—Más o menos, Manolo... dos docenas —rió Sebas—. A don Faustino no veo que le haya hecho gracia el regalito.

—No urges, Sebas, que no es el mejor día para hacer reír a Faustino —le dijo Manolo bajando la voz, pero no lo suficiente como para que don Faustino dejara de oírlo.

—Y yo que quería hablar con el profe de mi hijo —dijo Sebas acercándose al maestro—. Don Faustino, me gustaría invitarle personalmente para pasado mañana domingo a comer con María y conmigo.

Don Faustino, que no había movido ni un músculo desde que entró Sebas, sentado como estaba en la rígida silla que hacía juego con las no menos rígidas mesas con encimera de mármol, ni siquiera volvió a levantar la vista para contestar a Sebas:

—Los domingos tengo por hábito sano comer en mi casa, Sebas, pero muchas gracias.

—Eso será cuando no le invitan dos amigos.

—¿Y a qué se debe esta extemporánea invitación, Sebas?

—Pues, le voy a decir la verdad, don Faustino, aunque María me encareció que no se lo dijera: queremos hablar con usted del Sergio, y de cómo le ha ido este trimestre y de cómo ve usted el siguiente.

—Para eso no necesitáis invitarme a comer. Hubierais ido a la cita que os programé en la tutoría el lunes.

—Ya, don Faustino, pero sabe usted como tiene la agenda María ahora que ha ganado las primarias: el ayuntamiento, sus concejalías, el partido en Mospintoles, la dirección del partido en la Comunidad...

—Y la educación de vuestro hijo ocupa el último lugar, ¿verdad?

—No, por cierto. María me dijo, cuando llegó su carta cintándonos para la reunión de tutoría, que si por un casual no podíamos acudir le compensaría invitándole a comer. Ya ve usted que teníamos en mente reunirnos con usted para hablar del Sergio.

Don Faustino estaba ahora algo incómodo. Tenía mucho que decirles a este matrimonio sobre los progresos y los retrocesos de Sergio en este primer trimestre escolar, y por otra parte era obligado reconocer que no era de recibo meter a los padres de este chiquillo en la misma bolsa que a los demás padres. Pero le dolía ser utilizado de este modo; al menos podían haberse puesto en contacto con él para aplazar la reunión.

—No sé si debo, Sebas. Si alguien nos ve podrían decir que estáis comprando los aprobados a los que Sergio no llega.

—¡Bah!, si es por eso, suspéndale, que seguro que lo merece... Y además, queremos invitarle a un restaurante que ha descubierto María hace poco, fuera de la ciudad... Hacen un churrasco como los que sabemos que a usted le gustan...

Manolo observaba desde la barra sin ocultar su atención, que para eso estaba en su casa. Don Faustino se dio cuenta de que no podía seguir haciéndose el remolón, y que debía tomar una decisión: era o sí o no, y punto.

—Sebas... Me complacerá comer el domingo con vosotros dos, a condición de que sea yo quien os invite. No quiero sentirme obligado con el ágape porque desde ya os advierto que no os vais a librar de la catilinaria que os tenía preparada el lunes.

—¡Hecho! —exclamó Sebas satisfecho de haber mediado exitosamente. Y con las mismas dio media vuelta y se despidió.

—Mucha regalito y mucha gaita, pero gastas menos que Tarzán en corbatas...

—le despidió Manolo.

—Otro día, Manolo, que hoy voy con prisa —casi chilló Sebas desde la puerta.

Manolo se rascaba la cabeza mientras caminaba con paso dubitativo hacia la mesa que ocupaba don Faustino.

—Faustino, ya me contarás el lunes qué quieren de ti esos dos, porque está claro que el convite no es para hablar del Sergio...

—¡Qué desconfiado eres, Manolo! A todo le ves doble vuelta —replicó don Faustino pasando la página de la revista que hojeaba.

—¡Toma, leche! Y la tiene, ¡o no!

\* \* \* \* \*

Habían recogido a don Faustino a mediodía en el portal de su casa tras haberse citado por la mañana. Sebas conducía prudentemente su BMW que pensaba vender a buen precio pues no tenía muchos kilómetros. La Mercedes había llamado a su puerta y el futuro dueño de un concesionario de categoría no podía conducir otra marca.

El trayecto hasta el elegante mesón al que le llevaron duró cosa de una hora, tiempo en el que fueron hablando de Sergio. Don Faustino, que viajaba detrás, no quería abroncar a los padres del chaval en situación tan incómoda. Antes prefería hacerlo mirándoles a los ojos que viendo el cogote de ambos. Pero ellos volvían al tema una y otra vez.

Don Faustino, mientras respondía con medias tintas, empezó a pensar en la prevención que le había hecho Manolo. ¿De qué coño querrían hablar si no les importaba sacar durante el viaje el tema que había motivado la reunión? Don Faustino, que era veterano en refriegas dialécticas, se arrellanó en el asiento trasero para disfrutar del viaje y les siguió la corriente.

Llegaron al lugar donde iban a yantar y a don Faustino el sitio no le fue desconocido, pero tuvo el tacto de no decir nada. Los señores de Matute habían reservado una mesa para tres, y don Faustino observó con sorpresa que eran conducidos a un pequeño comedor apartado de la gran estancia donde otras veces había degustado el sabroso churrasco especialidad de la casa. Sin duda era importante lo que habían de decirle los Matute. La habitación era un lugar discreto, reservado, acogedor... y amplio para albergar la única mesa que allí había.

Comieron y bebieron sin que se volviera a hablar de Sergio ni del instituto. Se habló de Mospintoles, de la ciudad, del crecimiento que había experimentado, de la responsabilidad que había adquirido María "aceptando" ser cabeza de

lista por su partido para los próximos comicios municipales a celebrar a finales del mes de mayo del año entrante. Llegados a este punto María dejó hablar a don Faustino, que se dio cuenta del interés de la actual teniente de alcalde en tirarle de la lengua: «...Así que es de esto de lo que quieren hablar... María quiere conocer mis puntos de vista sin duda para incorporar ideas a su programa político... Pues me va a oír...», pensó don Faustino en ese momento.

Y el bueno del profesor se despachó a gusto por espacio de veinte minutos, sin olvidar aquella vez en el ayuntamiento en que María le trató de forma fría y distante, cuando había ido a protestar por los cohetes y voladores con que una docena de gamberros le habían sobresaltado cuando ya dormía, escudándose en el ascenso del Rayo a la segunda división.

María, paciente, escuchó las invectivas del profesor, quien se encontraba a sus anchas no dejando títere con cabeza. No bien había terminado de vaciarse cuando el bofetón de María le despertó de su ensueño y las palabras de Manolo ofuscaron su mente:

—Don Faustino, me gustaría que usted viniera conmigo en la lista que nuestro partido presentará a las elecciones municipales el próximo mes de mayo. Tengo pensado que lo haga ocupando el puesto número tres

A don Faustino casi se le olvida respirar. Miró a Sebas, que apuraba su copa de agua —pues como tenía que conducir de vuelta se había sacrificado zampándose el churrasco con agüita de manantial— y se dio cuenta de que el marido había jugado el papel de alcahuete en todo este asunto. Tras respirar hondo un par de veces, la última con suspiro incluido, don Faustino habló: —María, me siento halagado por tu petición. Pero como bien sabes es algo que no puedo aceptar.

—¿Y por qué no ha de poder aceptar, don Faustino?

—No puedes haber olvidado que tengo un pasado, un pasado político como concejal de nuestro ayuntamiento. Pasado del que me siento orgulloso, pero es menester reconocer que salí del ayuntamiento por la puerta de atrás.

—Querrá usted decir que salió por una puerta lateral...

—No juguemos con significantes, María. Tu propuesta halaga mi vanidad, pero no va a poder ser. Además no creo que mi nombre atraiga ni un solo voto.

—Don Faustino, creo que mantiene usted una impresión incorrecta de la imagen que tiene usted en Mospintoles.

—Supongo que en mi trabajo soy, lo que se dice, una persona respetada por la comunidad educativa, pero hay gente que no olvida. Y no me apetece que durante la campaña salga a relucir mi pasado.

—Pasado del que según sus propias palabras se siente orgulloso, luego no tiene nada que esconder...

—María... ¡Sebas!, dile a tu mujer que mi nombre en esa lista le haría más mal que bien a ella y al partido.

—No don Faustino; yo de política ni entiendo ni me meto, pero creo que usted es la persona que mi mujer necesita a su lado en esta nueva aventura en la que

ha metido a toda la familia sin consultarnos —y Sebas, serio, miró de reojo a María, que nada dijo.

Don Faustino suspiró de nuevo.

—María, ir en una lista es un ejercicio de confianza. De confianza mutua y recíproca. El que me lo propongas demuestra que tienes confianza en mí, en mis posibilidades y en mi capacidad de trabajo. Pero para que yo acepte también debo tener confianza en ti, en tu programa, en las otras personas que van contigo en la lista y saber qué esperas de mí y qué quieres que haga.

—De usted depende el que confíe en mí. En cuanto al programa político, se está trabajando en él y me gustaría contar con usted para que aporte sus conocimientos y experiencia. Sobre el resto de personas que me acompañan en la lista... no es usted nuevo en política y sabe bien que algunas son de mi total confianza pero que otras se me están imponiendo tácitamente, para no romper la correlación de fuerzas dentro de la agrupación municipal. Pero no tengo inconveniente en darle los nombres si me los pide. Y en lo concerniente a lo que espero de usted... todo lo que usted esté dispuesto a darme, pero lo que más valoro sobre todo es su experiencia. Que quizá fuera negativa..., pero precisamente por eso me es más valiosa.

—María, lo que tú quieres es un consejero de confianza, un asesor. Pero para eso no necesitas que yo salga elegido concejal. Puedo prestarte la misma ayuda desde fuera del ayuntamiento.

—No sería lo mismo don Faustino. Hay veces en que se necesita ser ejecutivo, y si usted no es concejal no podrá tomar decisiones ni votar en los órganos colegiados. ¿De qué me servirá entonces su conocimiento si no va a estar presente en las reuniones importantes?

—¿Y qué concejalías se supone que tienes pensado que yo llevara, en el remoto caso de que acabara aceptando?

—Me lo tendría que decir usted...

—No... Ya me pasó una vez... Antes de las elecciones todo son concesiones por parte del candidato para conseguir sus propósitos. Después, cuando se reparte la tarta, esos poderes fácticos dentro del partido que tú misma acabas de reconocer que te han impuesto algunos nombres, harán que las promesas se las lleve el viento.

—Tiene usted razón, y para ser sincera le diré que no había pensado en ninguna materia en concreto. Supongo que Cultura, Educación...

—¡Ah no! Educación ni de coña —se soltó don Faustino—. No puedo ser juez y parte. Recuerda que sigo siendo profesor del IES.

—Yendo de número tres estaría usted liberado a jornada completa, don Faustino.

El profesor se puso serio:

—María... Llevamos un rato hablando de la remota posibilidad de que yo acepte. Pero no tengo pensado hacerlo. Con una vez ya tuve bastante.

—Don Faustino, no me diga ahora que no le quedaron cosas por hacer en el ayuntamiento —la voz de María había adquirido un tono dulce.

—Nunca iría de número tres, María. Y todo esto es un despropósito. Una vez prometí que nunca volvería a figurar en una lista municipal.

—Pero si aceptara, ¿en qué lugar de la lista le gustaría ir?

\* \* \* \* \*

Manolo estaba secando unos vasos, jugueteando con su eterno palillo en la boca, cuando entró don Faustino aquella tarde gris del primer lunes después del día de navidad. El profesor venía “cabizbundo y meditabajo”, como gustaba de trastocar el hostelero.

—¿Y qué te pasa ahora Faustino? Lo tuyo con las navidades ya no tiene arreglo, compañero.

—Que tenías razón, Manolo. Los Matute me quisieron tender una encerrona para hablar de lo que a ellos les convenía.

—Te lo dije Faustino. Pero tú nunca ves el envés de las cosas. Y siempre lo hay.

—Déjate de admoniciones y ponme lo de siempre.

—Marchando un té con anís... ¿Y que querían los Matute, si puede saberse ahora que el bar está vacío?

Don Faustino chascó la lengua y por extraño que parezca se quedó de pie en la barra, sin ir hacia su mesa favorita.

—¿Me lo vas a decir o tengo que sacártelo, Faustino?

—Pues... ¡Joder, Manolo!, que me he dejado convencer para ir en las listas municipales acompañando a María.

—¡Yuuupii...! —exclamó Manolo dejando caer el palillo de la boca—. Volvemos a la política municipal.

—¿Volvemos, Manolo?

—Bueno, Faustino, tú me entiendes aunque yo no me explique...

—Pues no sé si agradecerte tu efusividad o recelar de ella.

—Pues... ni una cosa ni otra sino todo lo contrario. Joder, Faustino, enhorabuena.

—¿Enhorabuena de qué? Si todavía no sabemos si ganaremos las elecciones.

—Eso está hecho. No se pierde una mayoría absoluta en las siguientes elecciones, y María es una bocanada de aire fresco que el votante acogerá a buen seguro otorgándole su confianza.

Don Faustino sonrió malévolamente:

—Pero si ni siquiera sabes en qué lugar de la lista voy.

—Bueno, hombre. A mí con esas. No vas a ir de último porque entonces no habrías entrado tan cabizbundo y meditabajo. Yo diría que te ha propuesto ir del nueve para arriba.

—Pues aciertas. La propuesta ha sido ir de tres.

—¡Anda leche! Si te lo acabo de decir. Joder, Faustino, serás segundo teniente de alcalde...

—Pero no he aceptado ir de tres, Manolo.

—Joder, Faustino; tú siempre tan retorcido. ¿Y de qué número vas, si puede saberse ahora que no hay nadie en el bar?

—Pues... al final le dije a María que aceptaba si iba cerrando la lista de los concejalables. Y aún así se lo he puesto difícil. La mayoría absoluta está en trece concejales, y yo voy de quince.

—Faustino... No vas a poder eludir tu cita con el destino. Apostaría a que si fueras el último de la lista saldríais elegidos los veinticinco.